

CLÁSICOS EN CORDEL

8



OJOS AZULES

FEN TZITSAI

TRADUCCIÓN: RUBÉN DARÍO FLÓREZ ARCILA

CLÁSICOS EN CORDEL

8

OJOS AZULES

FEN TZITSAI

Traductor del idioma ruso
RUBÉN DARÍO FLÓREZ ARCILA

Ilustraciones
MICHAEL CÁRDENAS RAMÍREZ



CLÁSICOS EN CORDEL

8

NI ZARCOS NI CLAROS

PREFACIO



EN ESTE RELATO DEL ESCRITOR Fen Tzitsai nada es como parece a primera vista. Nació en 1942 en la antigua Tianjin, ciudad de China de contadores de cuentos, observadores de las extravagancias humanas, fabuladores de humor y amantes de los juegos de palabras. Sus historias, verdaderas joyas que comunican el arte de la concisión y la ambigüedad de la vida urbana a través de un diestro *sfumato* verbal, dejan flotando en el oído y la imaginación de sus lectores astutas imprecisiones e indicios contradictorios sobre los comportamientos de sus “héroes” anónimos, pícaros y virtuosos.



“Ojos Azules”, el relato que he traducido al idioma español del libro de Fen Tzitsai editado en ruso con el título *Extravagantes*⁽¹⁾, es una ficción verbal sobre los dilemas de la belleza pictórica como engaño, es un relato del rumor que trastorna las calles de Tianjin sobre una obra de arte que, presumible artificio para anticuarios, perturba precios, prestigios y crea una escandalosa expectativa sobre qué sería una ficción falsa y qué podrá ser una ficción auténtica. Fen Tzitsai lanza a su auditorio, en el relato “Ojos Azules”, el calculado anzuelo de un placer para descifrar, al antojo de quien experimente las ganas o la ambición de conjeturar, la trampa que acecha a sus protagonistas. ¿Quién engaña a quién? ¿Cuál es la diferencia entre una genuina ilusión de arte pictórico y una añagaza de verdad talentosa?



Esa tradición de astucias semióticas y ardides verbales, también pictóricas, se despliega en toda su filigrana de signos equívocos en “Ojos Azules”. Es un relato, si se quiere, sombrío, sobre unas pocas calles de la milenaria ciudad china; allí, el rumor y la habilidad consumada de un artista para crear ilusiones realistas (durante la narración se esconderá al acecho en una “penumbra escurridiza” de alusiones, conjeturas y chismes) tenderán, con una misteriosa y obsesiva tinta china, la precisa trampa semiótica que, gracias a la ficción narrativa de Fen Tzitsai, mantendrá en vilo de incertidumbres al lector.

Entre las posibles alternativas para la traducción de enunciados, sintaxis y ritmo verbal, así como de epítetos y términos que me propuso el relato “Ojos Azules”, comparto una de ellas: para el apodo del personaje Lan Ian, el malgrado perito en obras de arte de la calle



de los anticuarios de Tianjin, podría escoger en el paradigma de adjetivos /zarco/, /claro/ y /azul/. Cuestioné la pertinencia de emplear /Ojos claros/ en el uso colombiano de /claro/ como atributo que distingue por oposición al rasgo cromático oscuro.

En el signo verbal /azul/ en español, en la caracterización perceptiva del cromatismo como rasgo semántico de dicha palabra, está la asociación con el atributo de percepción visual del cielo y del mar. De otro lado /ojos azules/ es forma extendida, de uso coloquial. Respecto a cuál adjetivo emplear, inclinó mi decisión, por una parte, que en la traducción al ruso el término /синий/ caracteriza el signo /azul/ en su relación evidente con la visual percepción cromática de /cielo/. Por otra parte, en el ideograma del mandarín 蓝色 (lán sè) para azul, hay una remembranza de un ojo que se



refleja sobre agua. Omití el adjetivo /zarco/ (del árabe /zárqa/: de color azul claro; se aplica particularmente a los ojos), pues este cultismo, de empleo usual en la región cafetera colombiana, llevaría a evocaciones de exotismo árabe en un relato cuyo universo narrativo está en China.

Recrear este relato en idioma español fue una suerte de añagaza: con otros medios verbales busqué reconstruir los efectos de significación, provocar una red de sentidos con los signos articulados del idioma español y trasladar a la mente del lector de signos castellanos el texto del fino escritor chino Fen Tzitsai. La traducción tuvo un aire de parentesco con la *tecné* del misterioso artista de la añagaza que dejó sin oficio la mirada de lince de “Ojos Azules”. Tal artificio fue el arte supremo del artista, cuya diestra habilidad para el fingimiento visual con tintas impulsa la trama de este relato. Una añagaza no



se confiesa, pero es claro que el hallazgo de esta en mi pesquisa de traducción revela cierta clave verbal y la equivalencia para el término que, tanto en ruso como en mandarín y en español, a mi juicio soportan la trama de esta historia.

RUBÉN DARÍO FLÓREZ ARCILA

.....

- (1) El libro *Extravagantes* fue traducido del mandarín al idioma ruso en el 2006 por N. A. Speshnev, destacado sinólogo. Чудаки. Edit KARO: San Petersburgo, 2006.



OJOS AZULES



TIENEN LOS ANTICUARIOS enemigos jurados en aquellos que falsifican un cuadro y en quienes resultan seducidos por el engaño. Los falsificadores empeñan todas sus artes y no hay astucia que les detenga en la intención de confundir un ojo agudo y la propia perspicacia de quienes contemplan un cuadro. Los que observan estas supercherías desenmascaran sus terribles misterios; gracias a sus casi infalibles ojos identifican propósitos diabólicos, soterrados, y son capaces de extraer de un arrume de cuadros al mismísimo falsificador que no atinó a ocultar la cola, pelando el cobre ante todo el mundo.



Lan Ian Ojos Azules, así le llamaban por su pericia en descubrir falsificaciones. Trabajaba en Iuichengun en la tienda de antigüedades de la calle Godiantse y su oficio consistía en establecer la autenticidad de los cuadros. En realidad, Lan Ian Ojos Azules tenía por apellido Tsian y su verdadero nombre era Tzaitian. Ojos Azules no era ni más ni menos que un apodo. A los de Tianjin les encanta poner sobrenombres a todo aquel que se les atravesase. En primer lugar, resulta así más cómodo nombrar a alguien y, en segundo lugar, siempre se le tendrá presente. El apodo de Ojos Azules tenía que ver con sus lentes de miope. Eran más gruesos que fondo de botella y de lejos los cristales se veían azulosos, así que se quedó el Ojos Azules. Sin embargo, la esencia del sobrenombre justamente estaba relacionada con sus ojos.



Afirmaban que era ducho en distinguir un original de un simulacro aun con las luces apagadas. Aunque esto más bien resultaba una suerte de exageración, pero de todas maneras era bien notorio su talento. En el fondo de su manera de mirar se ocultaba cierta cosa mística. Cuando lo veías en su quehacer de contemplador de falsificaciones, su mirada se enturbiaba y, si se trataba de un original que tenía delante suyo, comenzaban a despedir sus pupilas un brillo azulado.

En aquel día por la tienda se apareció con un rollo en la mano una persona de apariencia de sabio. En el borde del rollo se enfilaba esta inscripción: “Paisaje de primavera a la orilla del lago Datiaotsyju”. No pareció que Ojos Azules la mirara. Sabía él que, más allá de la inscripción en el rollo, si el objetivo era identificar un original y determinar si era una añagaza, había que detallar el propio cuadro.





Ojos Azules, con la velocidad del rayo, desenvolvió el rollo apenas unos pocos centímetros. Era su legendario procedimiento al que llamaban “medio pie”. Fuera cual fuese la dimensión del rollo, el examen se verificaba únicamente sobre medio pie y ni una pulgada de más. Los vidrios de sus lentes registraron la tersa superficie, y un resplandor azulado relampagueó en ellos. Alzó la cabeza y le preguntó al visitante:

— *¿Por cuánto quiere venderlo?*

El visitante no se precipitó con la respuesta. Dijo:

— *Yo he escuchado que el señor Huan que reside en aquel extremo de la calle, hizo una copia de este.*

El señor Huan tenía fama en Tianjin de ser un maestro sin rivales en la falsificación de cuadros. La gente de los anticuarios se estremecía de



pavor con solo escuchar su nombre. Ojos Azules no pareció prestarle atención a las frases. Dijo:

— *Ni lo conozco ni lo he visto al tal señor Huan. Así que dígame: ¿por cuánto lo quiere vender?*

— *Por dos ristras* —, dijo el visitante. (Dos ristras equivalían a veinte taeles de oro).

El precio demandado no era una módica suma ni tampoco excesivamente elevada. Después de los regateos de rigor acordaron que fueran dieciocho taeles.

A partir de entonces cundió el rumor por entre las tiendas de anticuarios de Tianjin de que el almacén de antigüedades Iuichengun en la calle Godiantse había logrado adquirir un rollo del calígrafo y pintor Shi Tao ^(*); se trataba, decían, de una tinta china fuera de lo común debido a la delicadeza de los tonos de la tinta que con exquisita naturalidad se diluía en las pintadas nubes de lapislázuli. Aún más, el cuadro



llevaba impresa una inscripción de jeroglíficos que descifraban el tema de la tinta china, lo cual la hacía más valiosa todavía. Hubo quien dio en comentar que la pieza había sido traída de Pekín donde habría permanecido guardada en alguna de las residencias imperiales. Que quien había vendido el cuadro no era un experto y que Ojos Azules había agarrado la gran oportunidad de hacerse a un valioso objeto. No fue escaso el dinero que se gastó en la compra, pero todo hay que decirlo: era una pieza hermosa. Un rollo de tan enormes dimensiones nadie en décadas lo había visto en los anticuarios de Tianjin. En aquella época no existían periódicos, las novedades corrían de boca en boca, era esta la comunicación que difundía los rumores por calles y esquinas. Así las cosas, se extendió una cola para contemplar la tinta china y resultó que el anticuario de Luichengun terminó más pare-



cido a un negocio de telas debido al remolino de curiosos compradores que la frecuentaban.

Tienen los asuntos cotidianos esta manera de considerarse: al comienzo se habla hasta más no poder sobre una cuestión, y un tiempo más tarde es otro el asunto que viene a ocupar su lugar. Fue así como, al cabo de unos tres meses, comenzó a circular el rumor de que no era del todo seguro hacer afirmaciones sobre la autenticidad del rollo que permanecía colgado en la tienda de Iuichengun. Al inicio te produce una impresión, pero si lo examinas de nuevo, ya no se está tan seguro, parece más bien que el conjunto es flojongo. La diferencia entre un original y la copia estriba en que, si permaneces ante un cuadro genuino, uno puede pasarse las horas contemplándolo, y si se trata de una copia no te despierta el mismo deseo. Después de que el chisme hiciera su recorrido, apareció



esta noticia: que el cuadro en mención había sido copiado por el señor Huan que vivía en los arrabales occidentales. Un infundio de tales proporciones era lo mismo que echar un baldado de agua sucia al pulcro janfá de algodón con que vestía Lan Ian Ojos Azules.

Todo fue en balde, ya que, por su carácter, Ojos Azules resultaba una persona bien escondida en su malicia que no se dejaba provocar por tales cosas. Pero cuanto menos atención se le presta a un rumor este parece coger vuelo. Y el cuento no tardó en multiplicarse. Comenzaron a murmurar que, en cierta casa, donde cierto sujeto de cierta calle de sonora dicción Chzhenshidze, habían visto el original.

Y he aquí que otra vez la gente dirigió su curiosidad hacia la tienda de antigüedades para echarle un ojo a la tinta china, por si las dudas. Y en esta ocasión, para verificar cómo podría



ser posible que el señor Huan sobrepasara en astucia al mismísimo Lan Ian. La multitud siempre se da gusto con el espectáculo cuando los distinguidos hacen el ridículo.

El señor Dun, dueño del anticuario, empezó a ponerse un poco nervioso. Esto le manifestó a Lan Ian Ojos Azules:

— No es que no tenga confianza en tus ojos, pero no voy a tolerar los rumores que circulan más allá de mi tienda ni tampoco que el pueblo, apenas abrimos, se agolpe por horas a las puertas del anticuario. Pienso que es lo mejor dar con alguien que averigüe dónde se encuentra ese cuadro. Si resulta cierto que hay uno que se parece al otro como una gota de agua a la otra, será bueno exhibirlo para que se vea cuál es auténtico y cuál es su copia. De este modo se hará aún más grande el prestigio del anticuario.

Ojos Azules, de las palabras del dueño, de-



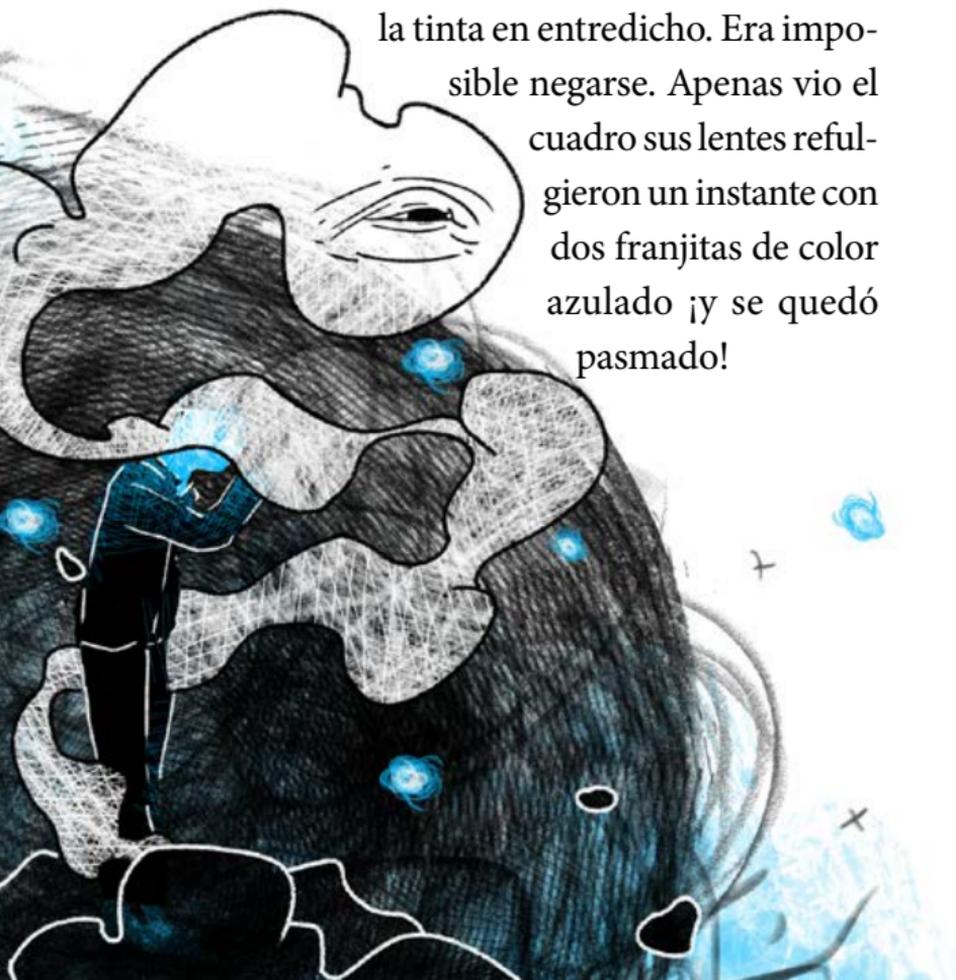
dujo que este tampoco estaba seguro de lo que sucedía, y ya nadie se atrevía a salir a enfrentarse con los chismes; se decidió, entonces, a proceder de la manera como quería el propietario: se expondrían ambas tintas una al lado de la otra. Que la multitud a escondidas siga con sus chismes, nosotros no le tenemos miedo a colgar las tintas a la luz del día.

El dueño Dun se consiguió a un tal Iu Siaou. No había en Tianjin sitio al que no se colara este infatigable fisgón y que no pudiera dar con el paradero de cualquier cosa que se le encomendara. Le explicaron la tarea a Iu Siaou y para el siguiente día ya se tenían novedades. Resultó que era cierto, existía otra tinta china que llevaba también el nombre de: “Primavera a la orilla del lago”. Y, confirmando el rumor, se encontraba en el domicilio de un individuo de apellido Tsui residente en la calle Chzhshidze.

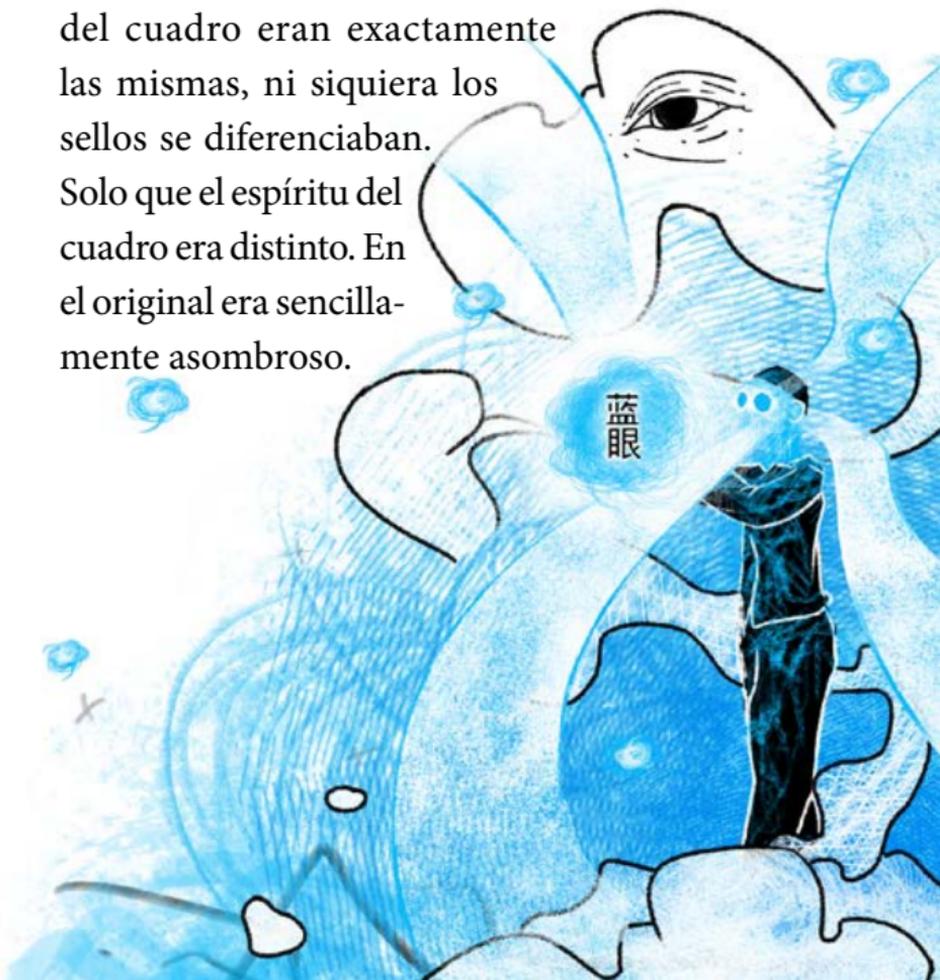


Ni el patrón Dun ni Ojos Azules tenían idea de quién era el tal Tsui. Iu Siaou tomó la decisión de llevar al lugar a Ojos Azules con la misión de que verificara con sus propios ojos el rollo de

la tinta en entredicho. Era imposible negarse. Apenas vio el cuadro sus lentes refulgieron un instante con dos franjitas de color azulado ¡y se quedó pasmado!



Se hallaba ante el original de la auténtica tinta. ¡Lo que había colgado en el anticuario era simple y llanamente una falsificación! Sí, las dimensiones, la saturación del color, la superficie del cuadro eran exactamente las mismas, ni siquiera los sellos se diferenciaban. Solo que el espíritu del cuadro era distinto. En el original era sencillamente asombroso.



Hacia dónde había estado mirando antes, no era el momento para recordarlo. En esos segundos estando de pie ante el cuadro sentía que la tierra se hundía bajo sus pies. En veinte años nunca se había equivocado. En el medio de los vendedores de antigüedades sus ojos azules se estimaban como literalmente mágicos. Cuando afirmaba que un cuadro era auténtico y aquel una impostura, nadie se atrevía a dudarlo. Si esta noticia sobre el error garrafal que había cometido se extiende ahora como pólvora, resultará el fin. Si aciertas un centenar de veces se va a tomar como la cosa más natural del mundo, pero, si te equivocas, aunque solo sea una vez, de inmediato te precipitas del pedestal y te vas al fondo.

Sin pronunciar la más mínima palabra, regresó al anticuario y le relató todo al dueño. La tienda Iuichengun y Ojos Azules formaban una sola estructura y, si algo se desmoronaba,



se iba al suelo el andamiaje. El propietario pasó una mala noche en vela y al amanecer se le vino a la mente la ocurrencia de adquirir el cuadro que se hallaba en manos del señor Tsui, sin escatimar el dinero que fuera. Si los dos cuadros van a estar aquí, que cada quien decida cuál es el original y cuál la copia.

Pero él mismo en lo más mínimo iría a aparecerse por allá. Lo prudente sería entonces contratar a alguien que, bajo la apariencia de un coleccionista, se encaminara junto con Iu Siaou hasta el sitio del señor Tsui y comprara el cuadro. Quién iría a imaginar que aquel, sin la más mínima vacilación, exigiría un precio astronómico con la amenaza de no venderlo por un precio menor.

El fingido comprador, sin embargo, simuló serenidad, pues Dun, el propietario del anticuario, le encargó su tarea con una advertencia:



“Tienes que volver con la obra, no importa que arruines mi tienda”.

Regatearon sin mostrar apuro y, finalmente, el cuadro fue comprado por la suma de tres ristas de oro, a un precio mucho más elevado que el primer cuadro.

Cuando la obra de tinta china hizo su entrada al anticuario, al señor Dun le volvió el alma al cuerpo. Le dolía todo el dinero que había invertido pero su reputación estaba salvada. Les ordenó a sus empleados que colgaran juntas las dos tintas, había llegado el momento de examinarlas pulgada a pulgada. Colgaron los dos cuadros. Ojos Azules dio un paso adelante y sus lentes relumbraron tres veces. Igualmente, ante los cuadros los empleados de pie se templaron como cuerdas.

Qué inverosímiles hechos ocurrieron ante sus miradas. El cuadro adquirido inicialmente



resultó ser la genuina obra de arte y una falsificación el que recién acababa de comprarse.

De no haberse visto uno junto al otro hubiese resultado imposible evidenciar cuál era la tinta china auténtica y cuál la imitación. Se trataba de la maestría de un copista insuperable, de una destreza más allá de lo imaginable.

¿Pero, entonces, en qué quedaba el ojo de lince de Lan Ian Ojos Azules? Lo que tenía en lugar de ojos era un ombligo.

Estuvo a punto de desmayarse. Unos tres días después atando cabos vino a esclarecer el asunto. Resultó que el señor Huan con sigilo fue preparando la trampa a donde llevaría con calculada seducción a Ojos Azules. El cuadro auténtico fue vendido al mejor precio y la copia sería negociada por una suma astronómica. Ojos Azules de repente recordó que entonces un hombre con aspecto de sabio —el vendedor



del primer cuadro— había soltado esta frase: “El señor Huan ha hecho una copia de esta tinta china”. El hombre sugería que existían tanto el original como la copia.

¿A quién habría que acusar ahora? A juzgar por los hechos, el señor Huan no solo ganó su plata, además de haberte dado tres vueltas. El sujeto te hizo conservar en tus manos el original y consiguió que le compraras la copia pintada por él mismo. Una añagaza mayor en la que entraste. Al tomar conciencia de los hechos, Ojos Azules todo lo vio ahora con nitidez y entendió su derrota. Recogió sus cosas y abandonó la tienda de antigüedades Iuichengun. Desde ese momento, ya no lo vieron más, no solamente por los anticuarios de Tianjin, su rastro se esfumó de la ciudad. Decían que había enfermado gravemente y que no pudo volver a levantarse. Fue un final bien triste.



Además, imaginen lo más sobrecogedor de la historia: Ojos Azules perdió ante el señor Huan habiendo contemplado su cuadro sin nunca haberle visto el rostro.

Acaso sentiría satisfacción después de descifrar lo que tramó el señor Huan. Tal vez abandonaría este mundo con la conciencia de haber desenredado el lío.

.....

- (2) Shi Tao (1641-1719) pintor de la dinastía Tsin, calígrafo y diseñador de jardines. Venía de una familia noble aniquilada en luchas intestinas. Lo salvó un criado quien lo entregó a un monasterio budista. Su concepción daoista del trazo único como quintaesencia de la pintura, es muy influyente en China.





鳥

鳥

蓝眼

Fen Tzitsai (o Feng Jicai, conforme sea la transliteración fonológica del nombre representado en los caracteres 冯骥才, en chino simplificado) nació en 1942, en el importante municipio de Tianjin, al norte de la República Popular China. Hijo de la primera revolución y testigo excepcional de la Revolución Cultural maoísta —durante la cual trabajó como obrero y comerciante, y sobre la que adelantó una clásica historia oral, descollante por su fina ironía— fue un reconocido basquetbolista en su juventud, gracias a sus dos metros de altura, y hoy en día se le estima internacionalmente como uno de los más interesantes y prolifos creadores e intelectuales de la llamada “literatura de las cicatrices”, movimiento que nació y se dedicó a exponer las enormes fisuras dejadas



por la Revolución Cultural. Hacia mediados de la década de 1970 empezó a escribir en secreto, mientras era profesor de artes aplicadas.

Autor de más de un centenar de obras en todo tipo de géneros, pintor, caricaturista, calígrafo, músico, director cinematográfico, folclorólogo y dinámico gestor patrimonial, funge hasta el día de hoy como director de la Federación de los Círculos Literarios y Artísticos de China y de la Asociación de los Escritores de Tianjin. La Facultad de Arte y Literatura de la Universidad de Tianjin también lleva su nombre.

Hasta este número de *Clásicos en cordel*, sólo una de sus obras había sido traducida al castellano: *Que broten cien flores*, de 1995, una acrimoniosa novela sobre el peso de la Revolución Cultural en la vida de un joven artista.





Ojos azules

pertenece a la colección *Clásicos en cordel*,
editada por el Centro Editorial de la
Facultad de Ciencias Humanas
de la Universidad Nacional
de Colombia. El texto fue
compuesto con tipos
Ancízar y Minion Pro
en abril del año

2023

Clásicos en cordel
Número 8
Ojos Azules

COMITÉ EDITORIAL

William Díaz Villarreal
Rubén Darío Flórez Arcila
Carlos Guillermo Páramo Bonilla
Patricia Simónson
Patricia Trujillo
Marta Zambrano
Ángela Zárate Díaz

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
SEDE BOGOTÁ
Facultad de Ciencias Humanas

DECANO

Carlos Guillermo Páramo Bonilla

VICEDECANO ACADÉMICO

Víctor Viviescas

VICEDECANA DE INVESTIGACIÓN Y EXTENSIÓN

Alejandra Jaramillo Morales

DIRECTORA DE BIENESTAR

Eucaris Olaya

DIRECTOR DEL CENTRO EDITORIAL

Rubén Darío Flórez Arcila

COORDINADORA EDITORIAL DE LIBROS

Catalina Arias

COORDINADOR DE DISEÑO GRÁFICO

Michael Cárdenas Ramírez

ILUSTRACIÓN SELLO DE LA COLECCIÓN

Laura Daniela Patiño Castaño

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Juan Carlos Villamil

IMAGEN DE CUBIERTA E ILUSTRACIONES

Ojos Azules

Michael Cárdenas Ramírez

CENTRO EDITORIAL

Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia
Sede Bogotá, Edificio 225
editorial_fch@unal.edu.co

Bogotá, abril de 2023

Clásicos en cordel



{ Consulta las ediciones escaneando el código QR }

<https://bit.ly/3zU7gF6>



CENTRO EDITORIAL
Facultad de Ciencias Humanas



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA